El club del miedo

Angélica Koncurat Savid

Image not found.

Capítulo 1

Una crítica de cine.

Hay un millón de compuestos que hacen a una película de terror. Lo mejor de todo esque suelen ser siempre los mismos y que nosotros todavía nos asustamos. ¿Será la ansiedad que nos asalta? Ey, vos, no abras esa puerta. No te fijes por qué hace ruido a las tres de la mañana después de que se cortó la corriente.

En el fondo, es un poco gracioso porque uno está seguro de que no reaccionaría así de ser el protagonista. En la vida real no hay música de fondo que llene el ambiente de tensión. El tema es que a veces, y probablemente en la mayoría de los casos, simplemente nos asusta el silencio. Con esto no estoy queriendo referirme a un silencio filosófico o u vacío existencial. No. Digo el silencio. Ese que en vez de acallar todo, potencia los sonidos. Una pisada, una cortina que se mueve con el viento y deja entrever algo confuso, la propia respiración y el latir del corazón que se vuelve más rápido. Quizá, el ladrido de un perro.

Hay un montón de esos momentos. Tal vez de ahí se inspiran los tipos que hacen esas películas o es al revés, y ya tenemos tan interiozado el entorno que nos lo creemos nosotros mismos. Le ponemos a las cosas que nos suceden ese tinte terrorífico. Sí, una vez apareció la pileta del patio completamente vacía de la noche a la mañana, y justo fue el mismo día en que vos te quedaste solo o sola mientras llovía a cantaros y tenías una discusión con tu novio o novia. Probablemente ni te diste cuenta hasta que tu primito o tu hermanito llegó al otro día y se quiso dar un chapuzón pero no había agua. Se rieron e hicieron chistes de extraterrestres con tus amigos o tu familia.

Y poco después, otra vez estabas ahí en tu casa y todos salieron esa noche. Tenías un plan tranquilo como ver una serie en netflix y comer un cuarto de helado. Pero tú mamá te dejó dicho que salieras a ponerle cloro a esa misma pile a la cual le renovaron el agua y en la cual no había aparecido ninguna fisura ni filtración para que se haya vaciado en primer lugar.

Saliste confiado o confiada y te acordaste que eso había sucedido algunas semanas atrás. Y en tu interior te reíste pero también te diste cuenta que era una risa un poco nerviosa. Y tenías el bidón de cloro en la mano y empezaste a tirar el contenido cerquita del agua para que no te salpique la ropa. La superficie de la pileta se veía negra porque era de noche. Y la risita interna era cada vez menos risita y más nervios. Sentiste que algo se movía debajo del agua...

No entendiste cómo pasó. Cómo una chica o un chico desaparece en medio de una noche fresca de verano. Una noche oscura. Tampoco entendés bien por qué estás leyendo esto y lo que no sabés es que el o la que escribe no es la víctima que se cayó al agua, sino la cosa que la agarró.

Buenas noches, la próxima vez que escuches venir tormenta y estés solo, tené más cuidado. Si yo fuera vos, no pensaría que las películas de terror son solo eso, películas.

Capítulo 2

Una presa vieja

Soy la cosa debajo del agua. Sé que hicieron en Estados Unidos una película con algo parecido a mí. No tuve tiempo de verla, pero quizá me la descargue antes de que se estreguen los Oscars. Me gustaría mucho saber cómo me veo en su imaginación, aunque dudo que lleguen a una aproximación exacta.

Si estás leyendo esto es porque encontraste mi espacio virtual. Sí, me permito tener uno. En la descripción te indiqué que no lo leyeras y en el primer capítulo te conté que arrastré una persona a lo más profundo del agua. No sabés qué le pasó, ni si está viva o muerta, pero igual estás leyendo estás líneas por lo cual ya no me preocupa que entres en mi pensamiento. O que te dejes envolver por él. Lo dejo a tu criterio.

El otro día hablamos de las películas de terror. Es un buen ambiente. A mí me ayudan porque mis victimas son cada vez más predecibles y tontas. Aunque admito que le quita un poco de diversión. Antes requería un poco más de ingenio.

Una vez, por ejemplo, tuve una víctima hermosa. Es un decir, no es que fuese estéticamente agradable pero tenía un aura inusual. La olí un día que estaba escondido en la oscuridad. ¿Qué? ¿Te sorprende que pueda hacer eso? ¿Meterme y olfatear el interior de los otros? Digamos... ¿Cómo si escribiese una anécdota para distraer y acercarme sin que me vean o me noten? No.

Ese día estaba más atento de lo normal. Lo vi pasar caminando y me invadió las fosas nasales. Era un tipo gordo, como de cincuenta años. Me pareció una presa jugosa, lo seguí. Caminaba a todo lo que daban sus piernas cortas. No tuve ningún tipo de inconveniente en vincularme a su sombra. Y así me introduje en su casa, siempre agradecido a la luz que le deba de frente y me dejaba un gran espacio para vigilarlo desde mi lugar negro y largo en el piso.

Entró en la casa y se sentó a la mesa con su mujer y sus dos hijas. Las nenas no parecían tener más de diez años. Unas pinturitas. Comió la comida casi atragantándose y después se bajó un vaso de agua entero de un solo trago, la garganta le ardía como si hubiese sido whiskey.

Su mujer le preguntó si le pasaba algo. Yo me reí, pronto le sucederían muchas cosas. Pero él respondió que no. Se levantó y dijo que quería dormir. Antes de llegar a su cuarto había que pasar por un pasillo largo. Me hice cargo del foquito de luz. Se puso nervioso cuando tocó la tecla y esta no respondió. Algo sentiría. Empezó a tener calor. Yo solo necesitaba

que fuera a lo oscuro. Como era una víctima algo más difícil, se las ingenió y prendió una vela de la cocina, la batería de su teléfono se había agotado hacia horas.

Atravesó el pasillo con la cabeza arriba. Venía bien, aunque la luz del velador tampoco funcionaba. Se sentó en la cama, con los deditos regordetes de los pies hundiéndose en la alfombra y apoyó la vela en la mesita. La sopló en un segundo. Por desgracia, se olvidó de recostarse y taparse con las sábanas antes de eso. Siempre es importante.

En ese momento lo agarré de los tobillos.